

la sandalia y el asfódelo», pero en la hora de la vida, cuando «el brazo» está «tendido hacia la vida», es inevitable que nos topemos con «la sandalia en el sendero».

El vasto tratamiento de la muerte nos estará intrínsecamente ligando, comunicando, penetrando en los caros enigmas de la vida, y nos dirigirá a dos cuestiones: primero, esta poesía aporta una minuciosa meditación poético-filosófico-metafísica sobre las eternas preguntas del hombre; y, segundo, de todos los poemas que tratan este tema, «Dos o tres experiencias de vacío» y «A la sombra de las primicias del verano», de *Folios de El Enamorado* y *La Muerte* —sin obviar *Recinto* y *La Hora* que seguiremos acotando—, son dos poemas totalizadores, donde se concentra toda la visión del mundo de Sologuren respecto a estas preocupaciones.<sup>25</sup>

En «Dos o tres experiencias de vacío», que consta de cinco estadios, no sólo se busca la razón social e histórica del movimiento de las reglas del juego dramático,<sup>26</sup> sino su sentido existencial y metafísico, haciendo hincapié en que la realidad es profundamente espiritual: vivimos con un velo en los ojos y no podemos profundizar verdaderamente en el teje y maneje de las cosas (primer estadio). Y para conseguir logros en su búsqueda del si(g)no final se vale del amor, la amistad, la solidaridad, el arte (segundo y quinto estadios). Sin embargo, el poeta crítico hacia sí mismo y hacia el hombre en sí, sólo tiene «la certeza / de haber escrito en el agua», es decir, tenemos la evidencia de haber escrito solamente para la belleza y casi para nada, apuntando irónicamente a la impotencia del arte y del ser humano, debido a que el hombre es en última instancia noche (quinto estadio).<sup>27</sup> Sin embargo (en el cuarto), la realidad que percibe y vive es completamente blanca, mejor dicho, profundamente espiritual,<sup>28</sup> porque construye casas blancas, y sus huesos, bajo tierra, y su soledad y su sueño también son blancos, y escribe finalmente su historia con el trazo negro de la tinta hasta asomarse al negro pozo:

*en su interior, en su espíritu, en su subconsciente, y eso es lo que va a manifestar simbólicamente; y el arqueólogo o el huaquero con orientaciones diversas, con objetivos distintos, también están hurgando en el subsuelo —subconsciente y subsuelo— y las dos actitudes fusionadas, las dos acciones, forman un paralelismo dentro del poema. Creo que eso es muy importante en Recinto, por cuanto hay que hacer de estos desechos, de "las cien mil hojas secas", algo que tenga vida, que tenga sentido: el poema. Por eso, además, es un poema cíclico: el comienzo se une con el final.»*

<sup>25</sup> «Sí, estoy de acuerdo en lo que observas. Creo que en estos poemas hay una mayor extensión de la propia experiencia; por consiguiente, un conato totalizador.»

<sup>26</sup> A la vez que el poeta se defiende dramáticamente: «... / sintiendo la erosión / del pensamiento / en mi / cerebro / cogiéndome al leño que deriva casi / a oscuras / trazando una raya encendida / un surco de letras apenas visible». (Últimos versos de «situación»).

<sup>27</sup> «Estos dos versos: "la certeza / de haber escrito en el agua" se podrían interpretar como creo que tú lo has hecho, extendiéndolos a una actitud básica de pesimismo, de total desconfianza en el poder de la expresión, de la comunicación poética, y creo que ha obedecido sencillamente a un momento depresivo, por el que todos pasamos, de dudas, de temores, por las limitaciones de nuestro propio lenguaje, y en general del lenguaje mismo. No es la actitud permanente que pueda tener yo ante la poesía, si no hubiera continuado escribiendo: ¡para qué un ejercicio vacío, inútil, que no va a llegar, que no va a alcanzar la sensibilidad de los demás, que no va a decirles algo!...»

<sup>28</sup> Implícitamente, como en este texto, la misma idea está en otros versos de *Folios*...: véase «(la noche de Mikonos)». Al inicio de este trabajo, hemos hablado también de un amor espiritual o de la naturaleza, citando el mismo poema.

las blancas paredes      de la casa  
 los blancos huesos      bajo la tierra  
 la blanca      soledad  
 del mar      del cielo  
 la blanca mariposa  
                                  del sueño  
 sumidas  
 en el trazo  
                  negro      de la tinta  
 extendidas  
 hasta alcanzar su negra orilla

«A la sombra de las primicias del verano» encierra una visión totalmente nueva, como resultante de la búsqueda a la que se han sometido las incógnitas de la vida. Hasta este poema se han venido certificando los oscuros designios que impregnan toda la realidad, que a veces nos da la impresión que es más espiritual y metafísica, que social y política. No obstante, en este momento, toda esta investigación anterior, según nuestra manera de comprenderla en este texto, se convierte en un «necio pasatiempo», ya que «(no hay huellas)» y el poeta solamente se queda con los libros y «... en la memoria / una partícula / de imagen tuya / ...»,<sup>29</sup> a la vez que se apuesta por lo palpable en vez de por lo intangible,<sup>30</sup> por el cuerpo que es vida y muerte,<sup>31</sup> ya que después del peligroso viaje del poeta-hombre «ni tiempo ni espacio rompieron sus puentes».<sup>32</sup>

En *La Hora* se tensa aún más la cuerda ante «el abismo implacable» (*Recinto*), arriesga aún más hasta el punto de que estos versos-balance parecen clausurar —al menos ahí está la tensión— toda la búsqueda referente al tema de la muerte, del amor, de los enigmas, etc., apuntando a algo confirmante, a algo doloroso dentro del proceso tenaz de desentrañar los signos de la existencia: ¿el poeta-hombre se queda sólo con las señales mudas de la evidencia?: «quise leer los afilados signos / del grande del único alfabeto / acotar su infinito / soplar sobre sus apartadas oriflamas / leer / percibir el ácido del tiempo / desatar el nudo / abrir la cicatriz / penetrar en el cuerpo por la llaga». Y descubre, después de todo, la certificación del origen: «criaturas de lo indistinto tocadas por húmeda / tiniebla maternal de la especie / incubadas en su fuego sustancial», porque en realidad todo es origen, como tajantemente concluye en *Recinto*.<sup>33</sup>

<sup>29</sup> «(no seguir adelante)».

<sup>30</sup> Los últimos diez versos de la parte 3 de «A la sombra de las primicias del verano».

<sup>31</sup> Parte 2, del poema de la nota anterior.

<sup>32</sup> «Bueno, esto no viene más que a ratificar todo lo que he dicho anteriormente, en el sentido de que me alejo de una posición intelectual, de una posición conceptual. Cuando hablo de "un necio pasatiempo" y de que "no quedan huellas" es justamente en ese nivel de la experiencia intelectual, no de la experiencia poética.»

<sup>33</sup> En la antología mínima de 1979, Sologuren explicaba las razones íntimas que le llevaron a esta persistente indagación sobre las esencialidades del hombre y del arte poética: «Mi poesía se ha ido produciendo en círculos concéntricos a modo de impulsiones que se explayan del centro cordial a la periferia y, en sentido inverso, se remansan luego. Un desplegarse de la inquietud vivencial (nacida como elemental pulsión comunicativa) en el ámbito de la naturaleza vívida y redentora, de la que se vuelve corroborado con la infinita sugestión de sus emblemas. Así creo ver (sentir) yo el proceso de figuración verbal de mis propias experiencias, por necesidad, radicales. Me propuse decir algo o quise, más bien transparecer algo que reclamaba su propio rostro y vida independiente. Sólo después de ser fijado en la escritura, pude reconocerlo.»

Por todo lo que hayamos recorrido con estas sandalias alegóricas y hayamos alargado sus brazos hacia la vida, terminemos con este párrafo de *La Hora*, en el que Sologuren resume su criterio sobre su obra y con el que sin proponérselo hemos venido coincidiendo y tratando de aproximarnos:

después antes o siempre la obra nos perturba  
la obra o la morada  
donde nos figuramos  
nos enmascaramos y vestimos  
para que luego nos desnuden  
irisándose en su anhelo  
hay algo oculto en ella como el sexo  
jamás le falta un encanto promiscuo

toda flor me lleva más allá  
las estaciones se desplazan por mis venas  
acaricio sin tregua el rostro natural

Miguel Cabrera



Miguel Cabrera y Javier Sologuren. (Foto Carlos Alegre )

*De ahí que considere que todo poema resulta ser un acuerdo con sentido de todo aquello que bulle oscura y huidizamente en nuestra vida anímica. Esa revelación que entraña la expresión poética la he formulado en estos versos: "La tinta en el papel. / El pensamiento / deja su noche."»*